

Neruda y Huidobro

EDMUNDO CONCHA

En el caso de estos dos poetas sus vidas no fueron paralelas. Aunque lo pretendan ahora, *post mortem*, los últimos bandos de cada uno de ellos, Huidobro nació rico y murió rico. Y Neruda nació pobre. Consiguientemente mientras en la juventud uno vivía como rey, el otro conocía toda clase de privaciones.

Fueron más bien divergentes en muchos aspectos, especialmente en el contenido de la poesía. Ahí la diferencia es raigal.

Huidobro, cuya biografía podría ser policromática, vivió y se desvivió por ser el número uno de la poesía chilena. La suya estalla, principalmente, como un conjunto de aerolitos, en el reino ilimitado de la imaginación, y como tal es voladora, original y efectista, especial para pasar un buen rato. Pero peca de artificiosa, con menos emoción que retórica. Malabarista de las palabras, juega con ellas en el aire, cual con botellas de cristal, sin que ninguna se le caiga, lo que no importa porque son de goma. Eso sí, de repente ostenta salidas geniales. En *Altazor*, dispara este verso “¿Irás a ser ciega que Dios te dio esas manos?”

El caso de Neruda es tan distinto. Su poesía es la voz de su cuerpo, de su hambre, de su sed, de su pasión. “Un místico de la materia”, como lo calificó la Mistral. También un Adán redivivo en la ciudad. Tiembla dionisiacamente ante la muerte, ante la vida, ante la lluvia, ante la hembra, ante la historia. En *Residencia en la Tierra*, destiló a veces una tristeza que desintegra la materia. Puede ser elemental y metafísico, romántico y epicúreo, hogareño y épico. El partió con una gran ventaja para el eco de su poesía: los lectores en general están mejor dotados para sentir que para pensar.

Creo que un solo punto común los une a la distancia. Ninguno de los dos

era desganado para promover su nombradía. En eso carecían de escrúpulos. Esa habilidad los encumbró a gran altura, aunque con formas dispares. Y la admiración que cada cual despierta depende, desde luego, del nivel del gusto de cada cual.



El matrimonio Huidobro con sus dos hijos, Manuela y Vicente, a bordo del trasatlántico "Infanta Isabela de Borbón" rumbo a Europa en noviembre de 1916. Iban acompañados de una empleada y una vaca para darles leche fresca a los niños durante el viaje.